

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 54



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

El hechizo del Perú

Carlos Neuhaus Rizo-Patrón

I. Los mitos medievales

Muchas veces hemos supuesto que la consabida frase "vale un Perú" viene como un efluvio de la famosa mina de Potosí que tanto argento como fama diese al Alto Perú. Y aunque Alto y Bajo Perú fuesen otra una sola región quizá los del Bajo territorio no sintiésemos tan propio el manantial del prestigio. Pero si calzamos la plata de Potosí con el azogue de las tan renombradas minas de Huancavelica, la riqueza del mito, el contenido de la frase "vale un Perú" se evanesce.

Y acaso orondos por el perfil de nuestra frase, desoíamos que en España se escucha también el "vale un Xauxa" o "vale un Cuzco" para designar algo que se columbra entre la opulencia y el boato, la riqueza y el orgullo. Habrá también que trasponer los Pirineos para advertir que cuando los franceses algo menosprecian, lo asaetean con la conjuradora advertencia *C'est ne pas Pérou* y así, turbados por la fama, con la altivez y la frivolidad del nuevo rico, supimos perder con los años, el tesoro argentífero del Potosí. Nada quedaría del mercurio o azogue de Huancavelica. Jauja, pese a su encanto, quedará en el recuerdo como la *Ciudad de los tísicos* de Valdelomar y al Cuzco, cuya grandeza *impera per secula seculorum*, resulta tan elogiada por escrituras de todos los siglos como maltratada por alcaldes de fustigantes varayocs, olvidando que Pedro Sancho, el cronista español, apuntaría que "ni el puente de Segovia, ni otro de los edificios que hicieron Hércules ni los Romanos, no son cosa tan digna de verse como el Cuzco".

El Perú tiene aroma de misterio y vaporosa sensación de irrealidad, desde los primeros atisbos de su existencia. ¿Por qué se presenta sino tan sugestivo como irradiante? Para entender aquello es preciso pintar al escenario que entorna los descubrimientos.

La Edad Media es el período de seres fantasmagóricos, pero la Edad Moderna la de viajeros descubridores. Una representa las fantasías, la otra las realidades.

Por ello pensamos que tal vez el viaje de Colón –quien por cierto no descubre la redondez terrestre– tendrá tanto mérito por haber alcanzado un Mundo Nuevo "como por haber identificado la irrefragable

unidad de la especie humana, no conformada por monstruos fantásticos y deformes dinosaurios sino por seres humanos con meras y fútiles diferencias de rasgos y pigmentación". Sin embargo, tanto Colón como los centenares de viajeros que pasan a India seguirán buscando los mitos medioevales. Se afanarán, hasta hoy, en hallar el Ophir o sea la fabulosa tierra a donde enviaba a extraer oro y plata el Rey Salomón; o la Cólquida, país de Medea y los argonautas; o Thule, la última tierra descrita por las fantásticas navegaciones de Piteas hacia el norte del Atlántico; o la enigmática Atlántida que aún pareciera revivir cuando se hallan restos fenicios en América; o El Dorado, cuyas riquezas aún no aparecen y, al fin pero no al final, las tierras del Gran Khan, que dice haber visitado Marco Polo aunque los chinos de hoy nieguen su viaje.

Y así como otrora todos los caminos conducían a Roma, a partir del viaje colombino todas las vías del mar se orientan hacia América. A partir de 1492, los esperanzados navegantes inflan sus velas con todos los vientos y siguen la brújula del poniente para dar al paio cuando llegan ante los bohíos antillanos.

Algo quizá desilusionante los atasca. Bojean costas firmes e islas calurosas. ¿Dónde estarán las canteras, del Templo de Salomón? ¿Se preguntarán mientras afanan trocitos auríferos a trueque de fruslerías en un medio de calores, hormigas y pantanos? No lo hallan. Cortés, el más audaz, partirá a hurtadillas hacia México en 1518 y pretenderá asombrar a Carlos V con el relato de su descubrimiento, Magallanes, un portugués osado que a semejanza del genovés Colón se escapa de la férula científica de Portugal para seguir magnificando a España, penetra al Mar Pacífico por un estrecho austral que lo llevará a las Filipinas. Pero antes, en 1513, Balboa podrá anunciar al occidente que ha descubierto el Mar del Sur. Creería haberse acercado a las buscadas Cipango y Catay, pero, en realidad, habrá dado el paso histórico para aproximarse al edén inesperado del futuro Perú.

Ahora empieza nuestra leyenda. Todas las frustraciones de aquel hormigueo náutico antillano, incluida esa Fuente de la Juventud que buscaría Ponce de León en Norteamérica, toda la ilusión pareciera renacer de nuevo, como el ave fénix medioeval, al conjuro de la voz Perú, que encarna y cobija las fantasías no halladas. Incluidas las bellas y seductoras amazonas o el mítico Dorado, que no cesamos de buscar.

II. ¿Cómo surge el nombre del Perú?

Al sur de Panamá había tierras con renombre de riqueza que estaban al mando de cacique Birú. Birú que es voz: "Indígena –señala Raúl Porras– se transformará en labios del hampa de la conquista en Perú, que no es indio ni español, pero que tiene de ambos y será la cifra y el símbolo de un nuevo destino racial".

El nombre ha nacido en los pergaminos contractuales de 1527 pero antes ha recorrido de voz en voz por los conquistadores –no necesariamente del hampa– y de pronto se ha encandilado, como arrebol de nuestra serranía, deslumbrado el horizonte de ese orbe definitivamente redondo, por ende pleno de antípodas, contrastando entre ofires portentosos y cavernas frías de pobreza que aún no entibia la riqueza que extrajeron de sus entrañas.

Prodúcese la conquista del Perú. Y a partir del primer rumor que produce este nombre y hasta nuestros días surge un avasallador lenguaje en todo el orbe que confunde grandeza con riqueza, mito con realidad, magia con hazaña. Un portentoso nimbo que vuelve sinónimas las voces de Hechizo y Perú pareciera agolparse sobre los arrugados Andes, las inasibles montañas y el barroquismo infatigable de la mestiza arquitectura, para orgullo de muchos, aprovechamiento de pocos y, también, necesidad de algunos. Porque muchas veces nos hemos recostado sobre la fama, como el león dormido sobre una presa que fuga por secular descuido.

¿En qué consiste el llamado hechizo del Perú? Sin ánimo excluyente y vistas las vías con la perspectiva de siglos, nos atrevamos a decir que la magia de nuestro dispar territorio la conforman el hombre, el paisaje y la riqueza. Y como el orden de los factores no altera el buen producto, hablemos *prima fascie* de la riqueza.

III. El Perú, un país inventado

Ya se expresó que las tierras del cacique Birú, situadas al sur de Panamá, sirvieron, por mortificación del lenguaje, para gestar más tarde el nombre del Perú, ni quechua ni caribe. Y antes o conjuntamente con el futuro nombre que los españoles apodan la tierra, llegan a Panamá de consuno, noticias orales o escritas de la riqueza que esas latitudes sureñas encierran. Recuerda Aurelio Miró Quesada en bello prólogo

a una de las ediciones del libro *Oro del Perú*, que tan meritoria como afanosamente elaboró Miguel Mujica Gallo:

no es de extrañar por esos que, desde antes que llegaran los españoles al Perú, el codiciado país quedara envuelto en un sueño de oro. No se sabía cómo era ni dónde estaba, pero ya el humanista Pedro Mártir de Anghiera en sus *Décadas*, muchos años antes del descubrimiento del Perú, hablaba del mancebo desnudo, hijo del cacique de Comogre, que escandalizó a los españoles al dar un puñetazo y volcar el oro en polvo que estaban pesando en la balanza y les reprochó que se preocuparan por tan poco cuando más al sur había cantidades fabulosas: "todo aquel lado que mira al Sur desde las aguas vertientes de las montañas cría oro en abundancia". El episodio lo recogen López de Gómara y Las Casas, que hacen decir al mozo Panquico que hacia el sur había "oro en mayor cantidad que hierro en Viscaya".

El primer documento contemporáneo —cita Raúl Porras— que anuncia el viaje de Pizarro por la Mar del Sur, es la carta de Pedrarias al Rey, de abril de 1525, donde dice:

Al levante por la mar del sur tengo enviada otra armada como la he escrito a vmd a descubrir con el capitán piszarro mi teniente del levante con muy buena gente y buenos aderezos do espero muy buenas nuevas cada ora que de dios y vmd serán servidos y estos reynos ennoblecidos porque hay nuevas de mucha riqueza.

Y los cronistas e historiadores españoles del siglo XVI se extasían ante una real riqueza, que no siempre llega al Rey y que testimonian casi todos los cronistas e historiadores como el Padre Acosta, Juan de Salinas, Garcilaso, Estete, Sancho, Xerez, Zárate, Cieza, etc.

IV. Las traducciones de las crónicas circulan por Europa

Sabia y de insospechadas proyecciones resultaría la orden oficial hispana de enviar cronistas y veedores que dieran cuenta posterior de las expediciones que zarpan del Caribe al norte, levante y poniente. Merced a los cronistas, los pueblos americanos alcanzan el umbral de la historia. Pero algo inesperado habría de ocurrir. Más vale imaginar la escena del mundo español en aquel instante: gobierna Carlos, un

rey que viene de Alemania y que además es soberano de los Países Bajos. Dícese que habla el castellano con dificultad, pero todo ello motiva una intensa fusión entre lo flamenco y lo hispano, entre lo germano y lo indiano. Circula el oro de América por todo Europa y España se anima económicamente con sus nuevos territorios de Indias para resarcirse de las penurias que soporta largos siglos como consecuencia de la invasión moruna. Y, de pronto, junto con testimonios fehacientes como la llegada del oro, arriban también manuscritos a Sevilla, los mismos que pasarán de mano en mano para llegar al impresor propicio y luego ser traducidos. No en vano ocurre lo siguiente: escríbese la llamada relación Sámano Xerez, que se refiere a los dos primeros viajes de Pizarro, realizados entre 1525 y 1527 y que describe tanto el encuentro con la sorprendente balsa de tumbesinos como los metales que contiene.

¿Qué ocurre con dicho manuscrito? Sin imprimirse en España, es enviado por Juan de Sámano, secretario de Carlos V, a un Príncipe de la Casa de Austria. El capitán Cristóbal de Mena, hombre resentido porque no recibe en el rescate de Cajamarca la succulenta porción que cree merecer, vuelca su desencanto en doce folios, relatando la *Conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*. El folleto se imprime en Sevilla y con extraña prisa se edita en Venecia y en italiano seis meses después, al año siguiente en Roma y en 1545 en París. Al siglo siguiente (1625) la *Crónica de Xerez* se publicará también en Londres.

La crónica de Francisco de Xerez, sino la primera, una de las más importantes narraciones sobre la conquista, tendrá la misma fortuna. O será el Perú, digamos, el afortunado y deslumbrante país que no es sólo descrito por esta pieza en castellano sino que en 1535 fue traducida al veneciano por Domingo de Gastelú, embajador de Carlos y ante la República de Venecia y luego al italiano y en 1625 al inglés.

Pedro Sancho, Secretario de Pizarro, escribe un manuscrito primordial y en 1550 va al italiano y en 1625 al inglés. *La historia general de las Indias* de Francisco López de Gómara se traduce al italiano, francés e inglés, en el mismo siglo XVI. Girolamo Benzoni, que vendría en 1547 al Perú, escribe una *Historia del Nuevo Mundo* que se publica en Venecia en 1565 y es traducida a cinco idiomas. La monumental e insuperable obra de Cieza tiene 5 ediciones italianas y una inglesa tardía (1709). El manuscrito original de la *Historia Indica* de Pedro Sarmiento de Gamboa permanece 2 siglos en Holanda. El padre Acosta escribe la *Historia natural y moral de las Indias*. Se edita en latín, italiano, francés, alemán, inglés desde 1589 hasta 1604.

Garcilaso llega en inglés, francés y holandés al poco tiempo de su primera edición de 1609 en 1617.

Con el contador Agustín de Zárate que describe el Descubrimiento y la Conquista del Perú ocurre algo más singular. Es impresa por primera vez en los Países Bajos hacia 1555 y luego editada en español, italiano, holandés, inglés y francés.

No es el caso fatigar al lector con tanta cita bibliográfica que está prendida en la magistral obra: *Fuentes históricas Peruanas*, del maestro Raúl Porras Barrenechea y en la vasta recopilación del Padre Vargas Ugarte. Importa recordar que muchísimos investigadores y lectores han seguido sus huellas y penetrado en el ánimo y la pluma entre galana y seca, acaso rebulesca o cínica, tal vez puntillosa o embustera de las crónicas. Lo que pretendemos sostener en estas líneas es que las deslumbrantes noticias del Perú no se confinan al Archivo General de Indias sino que circulan por toda Europa, cortejadas por la fantasía, al asombro y, sobre todo, el oro que pareciera correr a raudales, como en verdad lo fue.

V. El valor de los repartos de Cajamarca y Cuzco

¡Cuánto asombro! Encontraría el lector europeo al conocer, por la Crónica de Xerez, la captura de Atahuallpa –Atabaliba– como él le llama y luego su promesa de llenar de oro “llena hasta una raya blanca que está en la mitad del alto de la sala [...]” Y ¡cuánto también! Vibra la emoción cuando se llega a Cajamarca y se aprecia la misma sala que, buenas razones existen para aseverar que se trata del auténtico aposento. Por ello emociona tanto la visita a lo que podríamos llamar el Perú histórico. Vale decir, asomarse a los baños del Inca y al aposento del rescate en la cumbre verde de Cajamarca para recrear el ocaso del imperio. O abrir los ojos al despuntar el sol en el frígido Titicaca, reverenciando la posibilidad que de alguna islilla haya partido Ayar Manco.

Manco Cápac, Inca cuya presencia histórica no está alejada de la verdad. No porque lo pintara Guamán Poma de Ayala sino porque lo registran los historiadores del Incario, como Sarmiento de Gamboa, sino también porque hallóse más tarde su túmulo o sepulcro, al parecer encontrado y rescatado por el licenciado Polo de Ondegardo, cerca del Cuzco llamado “Bimbilla”.

Como es sabido, los conquistadores hicieron dos grandes repartos de riqueza: uno en Cajamarca y otro en Cuzco. Según las prolijas investigaciones y descubrimientos de don Rafael Loredo y Mendívil, el del Cuzco fue algo superior. Cuéntense y conócense pesos cifras de ambos repartos. Entresacando cálculos y con evidente riesgo de error, tenemos la impresión que lo obtenido en ambos momentos de la conquista oscila entre ochenta y cien millones de dólares de 1941, estimando los estudios de Mario Herrera Grey que trabajara en el Archivo Nacional. Considerando que el valor de la onza aurífera ha aumentado once veces, quizás no andemos errados en apreciar que esos rescates podrían significar hoy cerca de mil millones de dólares norteamericanos.

De una forma u otra, no es el oro que se distribuye mal o bien entre los conquistadores y que muchos, a las pocas horas lo habían jugado entero. Lo que importa es el flujo de metal que llevan durante tres siglos a Europa. Metal que causa la mayor inflación de la historia, trastoca los valores de todo servicio o mercancía y a la postre deja al Perú el escuálido valor de la fama.

VI. Repercusión europea ante el incanato y la riqueza peruana

¿Hablamos de la fama? Tanto las naos que surcando el Guadalquivir llegaban cargadas de riqueza a la Casa de Contratación de Sevilla como los panfletos, opúsculos, impresos o manuscritos inundaron no sólo las bibliotecas de Europa sino la imaginación de sus gentes. Alonso Enríquez de Guzmán, cronista “noble y desbaratado” según confesión, llega a Lima en 1536, envuelto por el cauce de noticias fabulosas que alcanzan por cierto a Sevilla, su tierra. Y no tendrá reparo en decir que su viaje a Indias fue motivo por el ánimo de riqueza. Y por ello, vendrían más tarde miles de hijodalgos o hijos de algo, no sólo de España, de todo el orbe. Desde los avisados ingleses, los naturalistas alemanes, contrabandistas rusos que aparecían en barcos balleneros, cronistas franceses y próceres italianos como el insigne Garibaldi.

Circularon por toda Europa, ávida y renacentista las noticias del Perú y sus riquezas. Los españoles vienen a extraerlas. Pero algo más grave ocurre, el oro despierta la inmediata venida de corsarios, filibusteros y piratas –principalmente ingleses– para atrapar los galeones hispanos, que lenta pero inexorablemente llevan los metales preciosos a la Península Ibérica. Pero no eran todos de la misma jaez. Importa

saber que hay hombres medianamente cultos, como Drake, Hawkins o Cook que han leído a cronistas e historiadores y acaso vienen al rapto porque son raptados por la leyenda peruviiana. Dice Edgardo Rivera Martínez, respecto a Drake, que:

entre todos los filibusteros y corsarios que incursionaron en América, no volvió jamás a presentarse otra figura como la suya, que juntaba una fuerte personalidad con una cierta cultura y *savoir faire* mundano; la caballerosidad y el manejo desenvuelto del latín, del francés y del español [...]

Con Richard Hawkins viene John Ellis, acaso el primer inglés que conoce y describe someramente el Cuzco. Y Sir Walter Raleigh —que no llega al Perú— escribirá también alucinado por esta tierra. Y aunque ninguna de esta docena o más de relaciones tenga alto o siquiera algún valor literario, sirven todas para proyectar la imagen del Perú áureo y magnífico, invadido por españoles que, muchas veces, —cítase— desprecian la plata ante el relumbrón aristocrático del subyugante y codiciado oro.

La explosión literaria más importante del siglo XVII la constituye la obra *El Paraíso en el Nuevo Mundo* que publica Antonio de León Pinelo en 1656. León Pinelo, hombre de curiosidad singular, escribe cinco libros destinados a demostrar que el Paraíso se encuentra en las orillas del Marañón o del Amazonas. Supone que el Arca de Noé también había anclado en nuestras latitudes y se extasía narrando los edificios y obras memorables de los indios peruanos. Antonio León Pinelo que alguna vez es procesado por la Inquisición por tener un caballo llamado Pedro, pertenece al elenco de escritores del siglo XVII en los cuales predomina, como recuerda Porras:

ya el amor por la curiosidad y la leyenda, la afición a lo maravilloso, la credulidad fácil, la imaginación lista para evadirse en conjeturas por los caminos de la dialéctica o de la filosofía. Lo ficticio, el amor de las cosas raras y peregrinos predomina sobre el gusto de lo real o común. La leyenda es preferida a la historia. Es la tendencia de Montesinos, pretendiendo probar que el Ofir estuvo en el Perú; de Dávalos y Figueroa, coleccionando casos raros y curiosos; de Calancha, relatando milagros y maravillas; de Garcilaso, idealizando el Imperio Incaico; de Morúa, vistiendo de esplendores orientales la corte de los Incas cuzqueños de Pinelo, trasladando el Paraíso al Amazonas.

Antonello Gerbi en *Viejas polémicas sobre el nuevo Mundo* se refiere a nuestros escritores del siglo XVI, que ponderan algunos exageradamente la América descubierta durante la centuria anterior. Saint Gellais por ejemplo habla sobre las maravillas de América y Juan de Cárdenas en *Problemas y secretos maravillosos de las Indias* dirá que en ellas todo es portentoso. Tendrá que venir el siglo XVIII para encontrarnos con el naturalista Buffon, quien detiene la onda de ilusiones y sostendrá que son más débiles las especies animales del nuevo mundo y que el hombre, añade "la naturaleza, negándole las potencias del amor lo maltratado y empequeñecido [...]" a Buffon le seguirá el célebre abate De Pauw, cuya capacidad para denostar y agraviar al nuevo mundo tendrá pocos rivales.

Pero antes que aparezca la explosión del siglo XVIII es preciso seguir cultivando la imaginación y referirnos a la visión europea sobre las mujeres del nuevo mundo.

VII. Las mujeres del hechizo

Hemos sostenido en un principio que parte del hechizo peruano lo lleva el exótico hombre de estas tierras. Pero acaso debemos hacer una atingencia. Vale mejor decir: la mujer, encarnada en las infieles capullanas del norte y las alucinantes amazonas.

El nombre de la capullana que evoca el misterio y la tradición norteña, aparece nítido en el relato de algunos cronistas. Cuenta Diego de Trujillo, soldado de la conquista, que cerca de Puerto Viejo había un pueblo "que era de él una viuda rica". Y Herrera, en sus *Décadas*, se refiere concretamente a la capullana, mujer gobernante que halla Pizarro entre Piura y Trujillo. Tanto en Diego Trujillo como en Herrera, la legendaria mujer adquiere perfiles definidos. Pero el nombre se generaliza en la *Crónica* de Lizarraga pues lo atribuye a unas mujeres que antiguamente gobiernan en la provincia de Amotape "por el vestido que traían a manera de tapuces, con que se cubren desde la garganta a los pies".

"Estas Capullanas -añade- en su infidelidad, se casaban las veces que querían porque no contentándolas el marido lo desechaban y casábanse con otro". Su crueldad llegaría a extremos, privilegio que solía hacerse con la mayor ceremonia, sería un acto de pública expiación y vergüenza para el cónyuge desechado quien debe permanecer arrinconado, sentado en el suelo y llorando su desventura, sin haber

ni siquiera agua, mientras los otros se regocijan en la fiesta. Estas capullanas, cuyas veleidades masculinas no han sido, lamentablemente, transmitidas a la posteridad, constituyen una realidad sugerente y al mismo tiempo abusiva de nuestras antiguas mujeres norteñas. Realidad que los españoles, por prudencia burguesa, desestimarían presurosamente.

Al par que la leyenda de las capullanas, la de las Amazonas impregna muchas páginas de la historia aventurera del país. Este mito que parece estar prendido en la imaginación de los peruleros de todos los siglos, ha impulsado embarcaciones en el pasado e inclusive la pluma narrativa en el presente.

Fray Gaspar de Carbajal escribe la Crónica del Viaje de Orellana y al decir de Raúl Porras:

Inaugura en las Crónicas de la Conquista y aún en los anales de la Geografía Americana un horizonte desconocido y exótico aunque adornado ya por la leyenda de fabuloso prestigio. Fray Gaspar abre, en la Crónica Indiana, el cielo amazónico. De su relato del viaje de Francisco Orellana a través de la mañana del río inédito y colosal, partirán todas las nuevas alucinaciones de los Conquistadores del siglo XVI sobre el Dorado Amazónico, las entradas de capitanes y misioneros en el siglo XVI y las propias exploraciones geográficas posteriores de los viajeros europeos y americanos del siglo XIX. Fray Gaspar de Carbajal, rompiendo el hierático circuito del Perú antiguo del 'llanos', 'sierros' de cumbres y desiertos, encuentra en el mar verde de la selva la tercera dimensión del Perú.

Fray Gaspar relata la contienda que protagonizan con sus naturales agitados por Amazonas que luchan tras ellos "tan animosamente que los indios no osaron volver las espaldas, y el que se volvía delante de nosotros lo mataban a palos".

Estas intrépidas féminas serían "blancas y altas y membrudas y andaban desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra una sola como si fueran diez indios juntos".

Las feroces Amazonas también elevan el delirio. "Más tarde —relata Carbajal— el Capitán toma interrogatorio a un indio y le pregunta por aquellas mujeres. Le responde que residen contruidos con casas de piedra. Preguntando al indio si las mujeres parían, contesta que sí. Y añade que cuando les viene la gana junta, mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene sus

tierras junto a la de estas mujeres y por fuerza los traen a sus súbditos a sus tierras y tienen consigo aquel tiempo que se les antoja y después que se hallan preñadas las tornan a enviar a su tierra sin hacerles otro mal". El indio relatará también que las Amazonas suelen matar a los hijos hombres y conservan sólo a las mujeres. Asimismo se refiere a una india llamada Cañoria que hace de jefe, con celo tan encomiable que toma cotidianamente la preocupación de inspeccionar su poblado antes de la puesta de sol, a fin de evitar el grave peligro que se permanezca algún "indio macho" escondido... No todas las demás que adornan la vida virreinal tendrían la misma costumbre.

VIII. La novelística europea del siglo XVIII

Valga recordar por ejemplo, en primer término *Las Indias Galantes* de Romeau (1735), donde se relatan los amoríos imposibles de una hija del Inca con un gallardo militar español. Lo prohibido siempre incita al escritor para discurrir una trama. También habríamos de afirmar que el padre Valdez, modelador del Ollanta, recoge el tabú de las acllas para pintar escenas de dulce fragilidad amorosa. Aún el difuso Voltaire, toma el modelo americano en un drama *Alzira* aunque tan irreal y ficticiamente que linda con lo grotesco. Sin olvidar que *El Cándido* viene a la América y describe las maravillas de un inventado Perú, temas tratados con amenidad y certeramente por César Miró.

Dos escritores recogen un mismo título para escribir sendos librillos. Boisi y Rochon de Chabanos escriben *La peruana* al rubro de sus obras. Aún más, hay un Manco Cápac de Leblanc y un Azor o los peruanos de Dur Rozoi.

Madame Graffigny se inspira tal vez en las *Cartas persas* que el Barón de Mostesquieu publica en Amsterdam, allá por 1721, para escribir sus originales *Cartas de una peruana*, verdadero éxito de Librería.

De otra parte, Marmontel diserta sobre *Los Incas o la destrucción del Imperio del Perú* obra de un sentimentalismo enervante como rezan algunos comentarios.

Estos autores inundan con sus obras el siglo XVIII. El Décimo Nono conoce pocas incursiones por estos dominios de la fantasía e irrealidad. Tampoco eran de esperarse en un siglo eminentemente positivista o cientificista. Pero resulta importante acotar que a lo largo de los siglos, la prolija exégesis de Pablo Macera recoge cerca de cuarenta

cultores franceses que se ocupan del Perú. Y el interés aumenta con los tiempos y nuestros misterios.

IX. El despertar de los estudios naturales y arqueológicos

El siglo XIX traerá al naturalista. Es el influjo que acaso arranca el despotismo ilustrado de Carlos III de España, el culto y magro Borbón que abre las costas de América a los Humboldt y los Darwin. También a los botánicos, un símbolo de extranjero invadido por la curiosidad científica. Y así el Perú, atravesado también por el paralelo equinoccial, merecerá la visita de Jorge Juan y Antonio Ulloa como de muchos otros naturalistas. "Los hombres del punto fijo" como recuerdo de Palma.

Vienen de Francia Feuillée, La Condamine, Dombey dominados por una intriga botánica, mineralógica y astronómica. Ha terminado pues el ciclo legendario. O mejor dicho de las fantasías.

Agobiado el Perú por caudillismos, golpizas militares y cierrápuertas civiles, los jefes ingresarán al coro disonante de las operetas latinoamericanas que aún, por desgracia no cesa. Sin embargo, una nueva luz iluminará majestuosamente a nuestro país: la arqueología.

El sabio peruano Mariano de Rivero y Ustáriz escribirá sus *Anti-güedades peruanas* y en cierto modo será precursor de estudios arqueológicos. Luego J. J. Tschudi también se asombrará por las ruinas. Llega Markham y el norteamericano Squier a quien Porras llama "el gran pionero de la arqueología científica", el francés Charles Wiener, Max Uhle, los americanos Kroeber y Wendall Bennet, sin olvidar por cierto a Hiram Bingham, que certeramente seducido por relatos o guías cuzqueños, sabe llegar y descubrir Machu Picchu para el mundo en 1912.

X. La imagen social del Perú

Los escritores europeos de más tarde, excitados claro está por los auténticos viajeros, se desprenderán paulatinamente de la imagen del oro. La lectura de Garcilaso, del fantaseador clérigo Montesinos, del Padre Cobo, de Sarmiento de Gamboa, los más traducidos a otros idiomas según se anotó, les permitirá ver un mundo distinto, el poseí-

do por el Imperio Incaico, nimbado por el ideal de una nueva sociedad: “ya los viajeros franceses y españoles”, como evoca Augusto Tamayo “comienza a mostrar en sus memorias el panorama de nuestras ciudades y a hincar sus garras en la sociedad de entonces”.

Para Pablo Macera que ha rastreado huellas sobre la impresión de los franceses frente al Perú, con erudición y puntiliosidad, la primera reacción sobre el Perú, vista en Montaigne o Antoine du Pinet es la semblanza de un país fabuloso y verdadero a la vez; “del Perú –dice– se difunde la imagen ya tradicional de su riqueza, de la espantosa magnificencia del Cuzco, como decía Montaigne, en que de acuerdo con un cosmógrafo francés, que no exageraba más que los españoles, hasta las calderas y ollas eran de metal precioso y todos los príncipes tenían en su casa un sol de oro macizo [...]” era la versión de quienes sólo conocían al Perú mediante libros o de oídas. Pero siguiendo el derrotero trazado por Macera y por los escritos europeos, se apreciará que en el siglo siguiente, el XVIII, el Perú fantástico dejará pausadamente lugar al Perú de los mitos y las historias novelescas del imperio. Lo social se abre paso. Es natural, hemos llegado al siglo del enciclopedismo.

Ante la interminable hojarasca de fantasías, relatos tamizados de la más candorosa imaginación y versiones de un fútil sentimentalismo, era previsible que los escritores del viejo mundo recogieran las relaciones más absurdas e inverosímiles sobre aquella tierra nueva.

Aquel sedimento de irrealidad, al penetrar en tratados y exégesis de pretendida seriedad histórica o económica, los desvirtúa y subvierte en disertaciones quiméricas o simplemente retóricas.

Desde los contenidos que exhibe la *Enciclopedia* de Diderot sobre los vocablos Perú Inca hasta los paradójales asertos del abate Reynal (*Historia filosófica y política de los establecimientos y de comercio de los europeos en las Indias*) y las graciosas desfiguraciones del Conde de Carlo (*Delle Lettere americane*), aparece la versión fabulosa –por no llamarla dorada– de la América, conocida de oídas.

Si en la literatura universal cabe considerar un género que subsuma las múltiples obras que trazan sociedades nebulosas celestiales relaciones humanas, iniciado por Tomás Moro e inconcluso hasta la fecha, podríamos asegurar que en un principio dichos poetas de la política se inspiran en la fantasía americana. Se saturan de misterio y ficción para luego raspar la pluma con vuelos que alcanzan olimpos y afines propios de anhelos o esperanza propias.

¿Acaso no es posible creer que la Isla de Autopos, donde al decir de Rafael Hytlodeo –personaje narrador de la república de Utopía– no la presumiese el Canciller Moro emplazada en las seductoras regiones ha poco descubiertas?

Aunque el sistema descrito no guarde muchas analogías con los del Tahuantinsuyo o los que transcurren en la meseta de Tahuán-tepec, sin embargo es bastante posible que Moro se imaginase de tal modo las ignotas regiones de Indias.

Hay similares asertos cabría señalar sobre la *Ciudad del Sol* que concibe el calabrés Tomás Campanella. Pero en el caso de Morelly, autor de la *Basilíada* es bien sabido que adoptó a los Incas como inspiración y modelo.

De otra parte, se escriben novelas y dramas teatrales que transcurren en el Nuevo Mundo o consienten personajes venidos desde ultramar.

XI. El Perú, fuego permanente que ilumina cinco siglos

Este brevísimo recuento, lejano por cierto de la erudición, sólo pretende trazar una coordenada sobre la imagen del Perú. Y nos atrevemos a expresar que existe una tea de interés, un fuego, encendidos desde tiempo anterior a su conquista. Desde principios del siglo XVI se escucha un rumor en Panamá que se llama Birú y suena a riqueza. Nace el Perú como nombre en 1527 y el verbo se vuelve tierra.

Alcanzan los conquistadores las alturas de Cajamarca y se abrirá como un abanico de oro y plata no sólo el nombre sino el renombre del Perú. La inquietud, propia del siglo, nos mece por todos los ámbitos de la curiosidad europea. Vendrá luego la era de la fantasía, de las *Indias Galantes*. Seguiremos en el *podium* de la preocupación extranjera a raíz de la guerra de la Independencia y de las nuevas concepciones sociales del siglo de las luces. Y en la presente centuria cuando los autores buscan modelos en la sociedad incásica como el francés Luis Boudin, los encuentran al escribir sobre el Imperio socialista de los Incas, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos nos mirarán con recelo por rechazar la Independencia. Y no sepa a vergüenza histórica este rechazo. Hoy tal como lo escribimos hace muchos años, en reflexión sobre la Independencia del Perú. Si el Perú era Lima: *Lima era España a fines del dieciocho y principios del diecinueve. Y muchos criollos entienden que luchar contra los ejércitos del Rey es traición.*

Pero el siglo XX trae nuevos horizontes que se convierten prestamente en playas donde llega la curiosidad científica. Vale decir arqueología, antropología, etnografía y ciencias similares. Pareciera un renacer del Perú antiguo que sigue hechizando el resto del mundo.

No desearíamos incidir sobre la galanura de nuestros paisajes. Viajeros extranjeros estudiados con morosidad y buen gusto por Raúl Porras Barrenechea, Estuardo Nuñez, Alberto Tauro, Pablo Macera y muchos distinguidos escritores han proclamado *urbi et orbi* las excelencias de nuestro hábitat geográfico. Viajeros peruanos, como José de la Riva-Agüero y Osma, Luis Alayza Paz-Soldán y Aurelio Miró Quesada, por sólo citar tres, se han extasiado no sólo en las cumbres andinas y los desiertos yungas. El arquitecto Fernando Belaunde Terry, sin duda alguna ha entronado galanamente nuestra selva alta en la geografía del mundo, redescubriéndola. Empero si tuviésemos que señalar los pocos hitos que imanan actualmente la curiosidad de propios y sobre todo viajeros extranjeros, tendría que referirme a la magnificencia arqueológica y material de Macchu Picchu, a los contrastes pétreos y barrocos del Cuzco, símbolo del encuentro de dos mundos, a los monumentos de la genética civilización de Chavin y la abismante de Chan-Chan. Y tantas otras como Kuélap que Middendorf visita el siglo pasado y Kauffmann realza encomiosamente en el presente. Preciso sería hablar también de nuestra montaña, adonde acaso se esconden ignotas ciudades, a las que no llega al Incario, cuya pared era aquella Cordillera, banda de nieves o Ritisuyo como la llama Garcilaso "jamás pisada de hombres, ni de animales ni de aves". Largo sería hablar de la bella Arequipa, dulce enjambre entre la atmósfera helénica y la piedra volcánica, territorio surcado por el curso fascinante del Río Colca y el valor estimulante de una vaga tan altiva como generosa. Y en medio de todo ello las inquietantes líneas de Nazca, advertidas por el arqueólogo peruano Toribio Mejía Xesspe al Congreso de Peruanistas en 1938, líneas que podrían tener aproximadamente 1,500 años de edad pero cuyas conjeturas, gracias a los serios estudios de María Reiche y de Hermann Trimborn darán muchos siglos más de preocupación.

El Perú, no cabe duda, es un libro abierto a la comunidad mundial que tiene el donaire de saberse plegar pudorosamente ante la inquietud científica. Es una página arrugada por la topografía pero dotada por la mano generosa de Dios, a veces escrita por un idioma indescifrable que además, sus pobladores se empeñan en garabatear. Sin embargo, el Perú constituye aún, territorio inexplorado, ubérrimo en

riquezas y fuego vivo desde la mítica y acaso cierta existencia de Manco Cápac. El Perú es tea jamás apagada por hombre alguno y que deberá marchar circunvalando al mundo, avivada por el asombro de las gentes y mantenida por la gracia de todos nuestros santos que, sin duda, ruegan ahora y siempre por el símbolo de un Perú inevitablemente inmortal pese a todos los mortales que lo habitamos... y repitamos una vez más para aleccionar nuestros espíritus, aquello que exclamó Basadre, "El Perú vale más que un Perú".

Bibliografía

CANATUR

1983 *Anales del IV Congreso Nacional de Turismo.*

MACERA, Pablo

1976 *La imagen francesa del Perú (siglos XVI-XIX).* Lima: Instituto Nacional de Cultura.

MIRÓ QUESADA SOSA, Aurelio

1983 *Oro del Perú armas del Mundo.* Ediciones Paredes.

NEUHAUS RIZO-PATRÓN, Carlos

1950 "Algunas proyecciones del descubrimiento de América en el pensamiento europeo". *El Comercio* (28 de julio).

1982 "Hechizos amorosos de Yarinacocha". *El Comercio.*

s/f. "El Numpe de Huancavelica". *El Comercio.*

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1951 *Mito, tradición e historia del Perú.* Lima: Imprenta Santa María.

1955 *El paisaje peruano de Garcilaso a Riva-Agüero.* Lima: Imprenta Santa María.

1960 *El nombre del Perú.* Lima: Talleres Gráficos Villanueva.

1962 *Los cronistas del Perú (1528-1650).* Lima: Sanmarti.

1963 *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario).* Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.

1967 *Oro en el Perú: obras maestras de orfebrería pre-incaica, incaica y de la época colonial.* Introducción por Raúl Porras Barrenechea. Lima: Librería ABC Bookstore.

RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la

1960 *Afirmación del Perú.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo

1963 *El Perú en la literatura de viaje europea de los siglos XVI, XVII y XVIII.* Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

VALDIZÁN GAMIO, José

1980-1993 *Historia naval del Perú*. 5 vols. Lima : Dirección General de Intereses Marítimos.

VARGAS UGARTES, J., Rubén

1951-1952 "Don Diego de Ávalos y Figueroa y la Miscelánea Austral". *Boletín del Instituto Riva-Agüero* 1. 1: 111-116. Lima.